

Democracia, representación y populismo en Ernesto Laclau

Víctor Leonel Ortega

Licenciado en Ciencia política (UBA)

Especialista en Estudios políticos (UBA)

Estudiante de Maestría en Teoría política y social (UBA)

Universidad de Buenos Aires

Correo electrónico: victor.leonel.ortega@gmail.com

Año: 2022

Instituto Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales- UBA

Introducción

El objetivo de este texto es otorgar la posibilidad de pensar, a partir de la obra de Ernesto Laclau, a la democracia y a la representación desde un lugar diferente a los clásicos tratamientos. Desde la democracia directa hasta la representación como una necesidad que ha de lamentarse en el advenimiento de la sociedad de masas, nuestro autor ofrece una mirada renovada del problema. Primero preguntándose por el status de los sectores populares en la participación democrática. Interrogando también por el lugar de identificación con el líder. Estas preguntas lo llevan a reflexionar sobre la tradición despectiva en lo referente a las masas. Si sobre las masas y los líderes se interroga, entonces el centro de su problemática será el de el populismo.

A partir de Laclau el populismo va de la mano de la democracia y la representación de la mano del líder. Pero como posestructuralista que es, va a ir más allá y no va a haber ninguna esencia cerrada, ni la democracia es una cosa, ni el líder es una persona demagógica. Adentrado al psicoanálisis lacaniano, lo que va a atravesar a la representación popular es al significante del líder. Al mismo tiempo el populismo aparece

como una lógica inherente a lo político. No hay política que no tenga algo de populismo a partir de la comprensión de la obra de Laclau.

Es interesante observar como van a comulgar tanto la democracia, el populismo y la representación como una dinámica carente de axiología y pensada bajo herramientas ontológicas. De esta manera, Laclau se enfrenta a diferentes tradiciones sobre estos temas, tales como el populismo como una suma de atributos que no logran definirlo nunca, la democracia como ligada necesariamente al liberalismo no siendo más que una atadura contingente. Por último, a la representación como un mal necesario o, peor aún, pensada bajo la idea de un líder que lleva a las masas de las narices. Laclau va a modificar la dignidad de estos conceptos, elevando al populismo a una lógica de lo político en su carácter ontológico, a la democracia como el proceso de construcción de identidades populares y a la representación pensada como la investidura que se forma a partir de la insatisfacción de las demandas populares en la producción de significantes vacíos.

Palabras clave: Democracia, populismo, lógica, investidura, representación, significantes vacíos.

El populismo y el desprecio por lo plebeyo en la participación democrática

A lo largo de la vida intelectual de Ernesto Laclau el populismo ha estado presente como un problema merecedor de respuestas. La idea del populismo como desviación o como patología no conformaba a sus inquietudes intelectuales. Veía en el populismo la forma que toman en ciertas partes del mundo las luchas emancipatorias. La idea de que el populismo no se ajustaba a las leyes de la historia y siendo la especificidad que tomaban las luchas en algunas partes del mundo le resultaban insolventes en términos teóricos. Así fue que Laclau ha estudiado el tema a lo largo de su trayectoria intelectual, en diferentes textos y conferencias. En el año 1985 junto a Chantal Mouffe coescriben *Hegemonía y estrategia socialista* donde exponen una base teórica para pensar la deconstrucción del marxismo. Llegando de esta manera al año 2005, cuando Laclau publica *La Razón Populista*, momento a partir del cual la literatura sobre el tema no podrá dejar de dar cuenta de este trabajo. Asimismo, repasa el estado del arte sobre el tema concluyendo que nadie había podido dar respuestas satisfactorias.

De esta manera se encuentra con la dificultad de expresar un significado del concepto debido a que lo único que obtiene son enumeraciones descriptivas de distinta índole y una larga lista de excepciones. Se enfrenta entonces con definiciones que tienen una gran cantidad de atributos que varían notablemente de un caso a otro, con listas de definiciones que se han dado sobre el tema que solo dan cuenta de dicha imprecisión en la teoría política. A mayor cantidad de determinaciones sobre el concepto general, menos capaz ha sido el concepto de ser explicativo de algo. Este callejón sin salida no es casual en lo referente a la teoría política y es producto de la carencia de herramientas ontológicas existentes para el análisis político del populismo.

Es así como encuentra enumeraciones sobre la multiplicidad de definiciones que abarcan desde populismos agrarios, populismos políticos, definiciones de ideologías de sectores tradicionales, movimientos rurales, urbanos, etc. Reflexiona sobre todo esto sin tener algún criterio coherente para establecer tales distinciones y no existe tipología alguna que sea digna de tal descripción. Su análisis discurre sobre el surgimiento de un pueblo como resultado de equivalencias de demandas aisladas en una demanda colectiva común sobre una construcción discursiva trazando un antagonismo con un otro que es el que no satisface la demanda. Esto es posible en la nominación que tiene efectos retroactivos que como momento diferenciado llama “investidura radical”, la cual adopta determinadas formas y cuya dimensión es afectiva y su asociación es dominada de manera inconsciente.

Por efecto retroactivo refiere al hecho de que al nominar algo, lo cual es un acto político, se establece la base del significante sobre el que se monta la construcción discursiva ulterior. El afecto también aparece dentro del lenguaje, no fuera de él de manera independiente. El afecto se constituye por medio de una catexia que es diferencial en una cadena significativa. Este elemento afectivo es esencial para comprender la articulación de la equivalencia. Esto es, la investidura que explica el componente emocional en el populismo tan criticado por el racionalismo que no se vicia de los elementos afectivos presente en la sociedad.

Ernesto Sernán se refiere a la tradición antipopulista de la historia argentina y remarca que en la misma el mundo popular aparece como una zona extraviada del paisaje social que atentaba contra el mundo moderno. Muchas formas de imposición autoritaria surgieron contra el desprecio por lo plebeyo. Estas manifestaciones autoritarias buscaban encaminar a las masas que no sabían lidiar con la democracia y que no estaban aptas para

la vida pública. Una verdadera democracia, para estas elites, llegaría únicamente cuando se domestique al elemento plebeyo. Pero resalta que en el fondo el problema no era el líder al que se derrocaba, sino que el problema eran sus seguidores, las masas. Sernán destaca el siguiente continuum “gaucho-compadrito-cabecita-negra-choriplanero” (Sernán, 2021, 16)

Lo que podemos observar en esta secuencia de Sernán es el efecto metonímico de la manifestación aniplebeya que rebalsa a toda imposición de una visión de la democracia como una esencia. Ubicados en el posestructuralismo de Laclau, la democracia no puede ser una esencia, por eso el efecto metonímico de aquello que la sociología tradicional niega se frena en una catexia con el elemento emocional. Este ha sido un enorme aporte de Laclau y Mouffe a la democracia, que al mismo tiempo aparece como superadora de la sociología tradicional. La sociología siempre ha ubicado al componente emocional fuera del análisis y en el ámbito de la desviación y la irracionalidad. Más adelante vamos a ver el concepto de significante vacío y el modo en que funciona libidinalmente como una investidura este componente tan despreciado. La metonimia mencionada se va a frenar cuando tal catexia sea posible. Esto implica también el momento de la institucionalización dentro del juego democrático de las demandas populares, y la metonimia se volverá metáfora.

Volviendo sobre esta cuestión de discutir, en el posestructuralismo, a la democracia como esencia, vale traer a cuenta a Eduardo Rinesi. Este se refiere a la transición democrática argentina. Para esto propone cuatro significados, en las diferentes etapas históricas para comprender a la democracia. La primera, referida a la recuperación democrática en el año 1983 que la plantea como *utopía*, donde la democracia reflejaba los sueños a futuro. Ya en la década del 90 esto muta y la democracia se vuelve como una *rutina*, en una sociedad apolítica la ciudadanía se limitaba al trámite de votar cada dos años. La tercera se remonta al estallido de diciembre de 2001 y la denomina como *espasmo*, como la euforia por participar de los asuntos públicos.

A estas tres primeras descripciones las podemos pensar como esencias. La democracia aparece adjetivada, al igual que el populismo en su sentido fenomenológico. La operación de Laclau en *La razón populista* es sacar al populismo de su aspecto fenomenológico donde se lo explica con una suma de características para llevarlo, en su lugar, al terreno ontológico, o sea al funcionamiento lógico interno del mismo. Estas tres características de Rinesi expresan lo mismo para la democracia, como simples

características, como utopía, como rutina y como espasmo. Pero hay una cuarta que rompe el esencialismo. Desde 2003 hablamos de “procesos de democratización”, ya no es una esencia la democracia, sino que es un proceso continuo, sin límite, de ganancia de derechos, de reconocimientos de identidades populares y de abertura constante a la participación del pueblo sobre lo público. La democracia, en este análisis de Rinesi, ya no es una cosa, sino que es un proceso perpetuo y siempre en pugna con otras fuerzas, no es ya una esencia.

La lógica interna del populismo

Como hemos dicho, Laclau piensa al populismo en su movimiento interno, producto de una serie de articulaciones entre demandas insatisfechas. Este es el comienzo, una demanda que no se satisface de modo aislado, se equivale con otra demanda no satisfecha justamente en este carácter de insatisfacción ante el poder que puede proveer a la demanda. Dicha articulación se eleva como representación de la totalidad en última instancia. Esto encarna una relación hegemónica, justamente por ser un objeto que simboliza a una plenitud mítica. Se lo conoce como el “objeto a”, y aparece de esta manera como la categoría ontológica principal. La plenitud de esta particularidad, el “objeto a”, solo es alcanzable a partir de la operación hegemónica, y es ésta la investidura de la que hablábamos más arriba. La lógica del “objeto a” lacaniana y la lógica hegemónica son análogas. El “significante vacío” constituye la cadena equivalencial restringiendo su autonomía ya que debe operar para la cadena como un todo abandonando su plena particularidad.

Esta situación de la representación de la equivalencia y abandono de la particularidad genera una tensión que es propia del trazado de una frontera interna y la constitución de un pueblo como agente. Esta frontera interna es la matriz ontológica de Schmitt que podemos encontrar en Laclau. Lo que le agrega a la ontología de lo político es la lógica que se desarrolla al interior de cada lado de la frontera antagónica. Estas lógicas internas son la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia que suceden en un mismo proceso. Entre estos dos extremos sobrevive la cadena con una absorción diferencial pero no antagónica dentro del orden simbólico establecido. Esto supone trazar una frontera interna con otro, un régimen represivo y Laclau toma el ejemplo del zarismo. A esa frontera antagónica le llegan demandas que están insatisfechas. Cada demanda es diferente a las otras en su particularidad. Sin embargo, se equivalen en la no satisfacción de las mismas. Lo que tienen en común es la oposición a un régimen opresivo.

Laclau grafica las demandas con un círculo con una línea que lo divide. La parte posterior del círculo, o sea el semicírculo superior, es la parte que se encadena equivalencialmente. El semicírculo inferior es la particularidad que no se equivale y que mantiene su particularidad. Lo que está haciendo Laclau es estudiar la lógica interna de la distinción amigo-enemigo. Schmitt dice que se produce por agrupamientos entre amigo-enemigo llevado a su última instancia. Laclau estudia las relaciones lógicas de estos agrupamientos en ambas lógicas, la de la equivalencia y la de la diferencia. Si la frontera dicotómica se disuelve, la equivalencia y cada demanda se extinguirían en su particularidad diferencial. Puede suceder que el orden opresivo se vuelva hegemónico interrumpiendo la equivalencia del campo popular con nuevas cadenas equivalenciales, donde las demandas se equivalen en nuevos eslabones. En ese caso, las demandas democráticas son, según Laclau, aquellas que solo se expresan pero que no logran equivalerse en una cadena en la que se construya un pueblo.

De esta manera sienten la presión estructural y genera nuevas operaciones de otros proyectos hegemónicos. Es en este caso que las demandas permanecen indecisas en equivalencias alternativas. A los significantes que de este modo quedan suspendidos, Laclau los llama “significantes flotantes”. Además, una demanda popular puede equivalerse con una demanda que pertenece al régimen opresivo, donde tal operación es posible por el corrimiento de la frontera. Entonces, ambos tipos de significantes, flotantes y vacíos, son diferentes en sentido estructural pero no lo son en su naturaleza. Ambos son susceptibles de articulación, serán flotantes o vacíos según el lugar que ocupen en ese momento en la estructura.

El significante vacío se relaciona con la creación de una identidad popular, donde una demanda particular asume la representación de la totalidad de dicha identidad. El vaciamiento tendencial es un proceso necesario ya que no está representando su demanda particular, por consiguiente, pierde la especificidad original en esta operación hegemónica. Los significantes flotantes operan sobre los desplazamientos de esa frontera. En ambos casos estamos en operaciones hegemónicas, superponiéndose al mismo tiempo. Si hubiese solamente significantes vacíos entonces las fronteras serían rígidas, y por el contrario si solo hubiese significantes flotantes estaríamos en un universo psicótico donde ninguna equivalencia fuese posible sin ningún tipo de fijación. Motivo por el cual ambos significantes, vacíos y flotantes, son necesarios para la creación hegemónica de un pueblo.

Queda pendiente todavía el problema de la heterogeneidad. En el círculo dividido en dos partes expuesto por Laclau, tenemos, en la parte superior, el momento equivalencial de la demanda y en la parte inferior, el particularismo de la misma. La equivalencia no elimina la particularidad de cada demanda, dado que de ser así no habría un comienzo susceptible de equivalencia, debido a que cada demanda en su particularidad se opone al régimen represivo. Una demanda puede no ingresar a la cadena porque se opone a las demandas de las demás particularidades de esa cadena. Por lo tanto, no solo se opone al trazo antagónico del poder, sino que también al espacio de representación. Igualmente son dos oposiciones diferentes, una como negativo de cualquier identidad popular y la otra por no ingresar al espacio representable, quedando simplemente aparte.

Esto sería algo así como los “pueblos sin historia” de Hegel, los cuales se encuentran por fuera de la historicidad. Este tipo de exterioridad es llamado por Laclau como “heterogeneidad social”. Este tipo de exclusión es aún más radical que el trazo antagónico, debido a que no solo lo es para con el otro lado de la frontera, sino que sobre todo lo es en el campo mismo de la representación. Pero lo interesante que desarrolla Laclau es la cuestión sobre los efectos que tiene la presencia de la heterogeneidad: debido a que la lógica totalizante en el esquema Hegel-Marx genera la desestimación de lo heterogéneo al ser negado en la historia. Para Marx el proletariado sería el agente de la historia en un nuevo estadio de las fuerzas productivas. Sin embargo, en Marx no se incluyen la totalidad de los elementos heterogéneos. Con un prejuicio filosófico como a ha dado cuenta José Aricó, heredado del hegelianismo, de la idea de un exterior y de los pueblos sin historia, Marx y Engels diferencian de la clase universal al proletariado del lumpenproletariado. A ellos se refieren con el mayor de los desprecios, como una muchedumbre de escoria, criminales sin oficio que traicionan en su mismo ser la misión histórica del proletariado.

Estamos hablando de los sectores que no tienen inserción definida en el orden social: el problema es saber cuál es la medida de un adentro y un afuera entre la turba y la homogeneidad. Pero Laclau va avanzar sobre esto y lo heterogéneo va a ser constitutivo de lo social, porque si no hay heterogeneidad entonces ningún antagonismo es posible. Entonces, Laclau figura en su cuadro el extremo de la heterogeneidad como m y n. Estas dos figuras serían el paroxismo de lo heterogéneo, algo que sería imposible de articular. Sin embargo, la originalidad de Laclau es que al abandonar la lógica dialéctica donde lo negado define la identidad del elemento negador, demuestra que la heterogeneidad no

puede trascenderse por una inversión dialéctica. Esto es debido a que, bajo una lógica dialéctica, un concepto solo va a ser negado para trascender a una instancia superadora que ya estaba contenida. Por el contrario, en el antagonismo de lo social, la heterogeneidad que confrontamos no es recuperable en términos dialécticos.

Cada demanda que se equivale tiene en su seno un resto de heterogeneidad donde m y n son solamente las formas extremas. Lo original de este aporte es que cada particularidad contiene heterogeneidad y es lo que hace posible la constitución de la lógica política en Laclau. El hecho de que un elemento heterogéneo no esté articulado no significa que no sea susceptible de articulación, por eso aparece incluido en el esquema a diferencia de Marx y Engels. Permite de esta manera constituir cadenas equivalenciales y producir significantes vacíos con desplazamientos de las fronteras internas. Dado que la frontera no es inmóvil, donde no hay un interior/exterior definidos, es que podemos pensar en la lógica propia de lo político. Son estos movimientos semejantes a lo que Gramsci denomina “guerra de posición” y “guerra de trincheras”, donde la praxis política se desenvuelve en un constante corrimiento de fronteras internas que se desplazan al interior del orden simbólico. El populismo patológico entonces se convierte en una lógica de lo político. Todo sistema político tendría entonces algo de populismo.

Representación y significante vacío

Laclau plantea que ya desde Rousseau, la representación ha sido mal vista, incluso como un mal menor ante la sociedad de masas donde la práctica de una democracia directa es imposible de realizar. Pero aún peor que la representación en sí, es que esta no sea el reflejo de la voluntad popular de manera fiel. Y que en ese caso en vez de representar de manera transparente, lo que suceda sea que aparezca un líder.

Laclau cita a Pitkin en la que la representación aparece como medio de homogeneización ante la heterogeneidad social, trabajada por Laclau en el capítulo 5 de *La razón populista*. En esta autora, la representación aparece en el carisma y la forma extrema de representación es el fascismo. Pitkin que considera a la representación como simbólica se pregunta por el motivo que hace que la gente crea en un símbolo y se aferre a un líder. Propone entonces saltar la concepción de representación simbólica, actitud que la lleva a pensar que no se trata de que los representados acepten la decisión del representante, sino que hay que preguntarse por las razones que tienen para hacerlo. Las razones son diferentes a las causas que lo motivan.

Laclau difiere en este análisis, sin negar que es importante distinguir entre causas y razones. Se pregunta si “las fuentes de validez de las razones *preceden* a la representación o son constituidas *mediante* la representación” (Laclau 2005, 203) El problema es cuando hay identidades políticas pobremente constituidas que requieren, justamente, de una representación para superar esa debilidad. La respuesta remite a la distinción entre el contenido óntico y el valor ontológico. Cuando hay algún tipo de desorden social es necesario alcanzar alguna forma de orden. En este caso se vuelve menos importante el contenido óntico cuando más generalizado es el desorden radical.

El contenido óntico para representar el orden es investido por el valor ontológico. De este modo la representación precede a la investidura ontológica. Dicho de otro modo, es inherente a la representación el movimiento que va del representante a los representados. Esta investidura es un objeto parcial que se eleva a la dignidad de la Cosa. Señala Laclau que cuando Lacan refiere al *objeto a* está diciendo lo mismo que Gramsci con el concepto de hegemonía. No son términos parecidos, sino que son lo mismo. Es un objeto parcial que frena la metonimia, en este caso el desorden radical y generalizado y que genera una identidad popular.

En la misma lógica del populismo como lógica política presentada por nuestro autor se infiere lo dicho anteriormente. El populismo se establece en puntos intermedios entre, lo que el autor denomina puro populismo y la pura institucionalización. De hecho, ante la pregunta de a qué cosa se opone el populismo, la respuesta es a la institucionalización radical. Se opone a la idea de que las demandas populares sean mediadas exclusivamente por las instituciones. Pero por otro lado tampoco se puede apelar a la movilización permanente, lo que sería puro populismo. Se necesita de puntos intermedios donde haya movilización de masas, por un lado, pero también que estas se erijan institucionalmente.

Sin estos puntos intermedios, observando que no decimos aquí un punto intermedio, sino que lo hacemos en plural, es porque sería un esencialismo la fijación de un punto y es a todo esencialismo que se enfrenta el posestructuralismo de Laclau. En un extremo tenemos la pura movilización sin ningún tipo de fijación. Esto sería posible solo en un mundo estrictamente psicótico donde ninguna identidad popular logre tener una investidura que garantice tal identidad. Por el otro lado, si las demandas son estrictamente canalizadas por las instituciones tenemos lo que Jorge Abelardo Ramos llamaba la paz de los sepulcros, cita que solía hacer Laclau en diferentes entrevistas. Una sociedad que solo

canaliza sus demandas de esta manera es una sociedad sin historia, congelada, sin actividad popular sobre los asuntos públicos. Por lo tanto, se necesita tanto del puro populismo y la movilización, como también de cierto grado de institucionalización.

Si pensamos el golpe de Estado a Hugo Chávez perpetrado en 2002 supo ser un ejemplo tomado por Laclau. Chávez es derrocado y cuando está próximo a firmar la renuncia escucha su nombre en el clamor popular en las calles que se habían llenado reclamando por su líder. Pero no solamente era Chávez el líder popular, era también el presidente de la nación. Entonces, en este ejemplo tenemos por un lado la movilización masiva y popular reclamando por Chávez, pero, por otro lado, tenemos también al presidente de la nación. O sea, en este ejemplo confluyen los dos momentos, el de la movilización horizontal en las masas volcadas a la calle, y la institucionalización vertical en la figura del presidente.

Otro ejemplo que se puede pensar brevemente y que pertenece a la actualidad, es el de Chile. Durante años en Chile hubo movimientos populares manifestando una multiplicidad de demandas sociales. Desde la educación pública, muy restrictiva en Chile, hasta la salud, la desigualdad en bajos sueldos de los trabajadores, en terminar con la privatización de los servicios básicos, entre otras. Pero los años de movilización, cuyo centro más fuerte de reclamo fue la educación gratuita, no lograba la verticalidad, o sea la institucionalización. Las demandas eran estrictamente horizontales y no podían frenar la metonimia. La aparición de Gabriel Boric como presidente de Chile asumido el 11 de marzo de 2022 completa la lógica del populismo. Chile al fin pudo frenar el efecto metonímico y lograr un cierre parcial a través de una figura institucional.

Estos ejemplos recuerdan a los tipos de dominación en Max Weber, la dominación racional legal con estatuto, la tradicional y la carismática. Cada una de ellas es un tipo puro pero que no se realiza en la realidad de forma pura, sino que cada forma de dominación legítima empírica responde a más de un tipo. En estos ejemplos, tanto Chávez como Boric responden a la dominación carismática pero también a la racional legal con estatuto, debido a que son presidentes.

Entonces una vez que se han identificado identidades colectivas, es cuando acceden las decisiones particulares, que son el reflejo de haber sido precedido por un proceso mismo de identificación. Mientras menor es la distancia con el líder este se vuelve un *primus inter pares*, en términos de distancia entre el yo y el ideal del yo. Es aquí donde

se efectúan las razones tal como describe Pitkin. Pero lo que es inerradicable es que siempre va a haber una distancia entre ambos, en la relación de identificación y representación. Hay que entender que las razones operan fuera de la representación, o sea que son individuales, cuando en contraste la identificación es colectiva. Es en este punto que yerra Pitkin. Ella ve irracionalidad en la representación simbólica, ya que ve manipulación por parte del líder cuando, en realidad lo que hay es una constitución de una voluntad colectiva mediante la representación simbólica establecida desde el líder.

En este sentido, Laclau critica a algunas teorías clásicas de representación como son las de Schumpeter y Downs como modelo agregativo en el cual el pueblo expresa un pluralismo de intereses. Critica también el modelo deliberativo de Rawls o Habermas en los cuales de manera dialógica y racional se llega a consensos donde la representación aparece como algo transparente. Estas teorías suponen que el pueblo articulado existe desde antes de la representación y supone además que existe una voluntad popular preestablecida que el representante tiene que interpretar. Para nuestro autor, por el contrario, la representación constituye a la formación de identidades populares.

En este punto se ilumina la cuestión de la representación sobre el tema del populismo. No habría construcción de un pueblo sin representación. Es condición necesaria la identificación con un significante vacío. Laclau resalta la necesidad de crear significantes vacíos, por lo tanto, es necesario detenerse en ellos. Un significante vacío es justamente, un significante sin significado. Un significante vacío es apenas una secuencia de sonidos, por lo cual, dice Laclau, que el término “significante” es un exceso, dado que estos sonidos no tienen correlación significativa. El significante flota, susceptible de significación, pero tal flotación no hace que ya sea vacío. Aquello que le va a otorgar el carácter de vacuidad es estar sometido a una imposibilidad estructural de significación. La imposibilidad es tal que hace que los límites de la significación imposible surjan del interior de aquello que se va a significar. Argumenta Laclau que a partir de Saussure sabemos que la lengua es un sistema de diferencias, donde toda significación es estrictamente relacional. Las identidades lingüísticas existen de esta manera, si decimos “mamá” se lo entiende como diferencia de “papá”, y extendiendo su significación también tío, abuelo, primo, y toda identidad lingüística que establece un sistema diferencial. Hay un sistema y este es constituido por tales diferencias.

El problema es cuáles son los límites del sistema. Sin sistema no hay significación posible, pero tampoco es posible precisar los límites del mismo. Toma de Hegel la idea

de que para pensar los límites de algo es necesario ver lo que está más allá de esos límites. Sin un más allá, entonces no hay límites. Esto es como la teoría de los conjuntos donde pensar el conjunto que contiene a todos los conjuntos es simplemente imposible. De este modo se infiere que los límites de un sistema significativo no pueden ser, ellos mismos, significados. Entonces nos dice Laclau, que esos límites solo pueden mostrarse como interrupción del proceso de significación. De modo paradójico, los límites que constituyen la posibilidad de un sistema significativo, son al mismo tiempo aquellos que constituyen su imposibilidad.

Todo límite supone una exclusión. Un límite no puede ser diferencial ya que el sistema está constituido diferencialmente. En caso de serlo implicaría una continuidad en donde cada lado de límite sea esencialmente diferente. Pero como ya vimos, una totalidad significativa es un sistema de diferencias, por lo tanto, aquello que está de cada lado del límite constituye al sistema mismo. De lo anterior se sigue entonces que los límites que separan a uno de otro no son límites del sistema. Un límite solo es posible mediante la exclusión antagónica, o sea de una equivalencia, de un rechazo radical a un Otro. La realización de lo que está de un lado del límite de exclusión es la imposibilidad misma de realización de aquello que se encuentra del otro lado de ese límite. De este modo, Laclau argumenta que de cada lado de estos límites se generan consecuencias necesarias para la emergencia de significantes vacíos. La primera se refiere a que cada elemento del sistema tiene una identidad a partir de la diferencia con otros elementos, siendo el hecho de que al mismo tiempo tales diferencias se equivalen debido a que estas pertenecen al mismo lado de la frontera de exclusión. O sea, la identidad se define por diferencias al mismo tiempo que se tiene como efecto la ambivalencia de equivalerse a partir de tales diferencias por el hecho de estar del mismo lado de la frontera.

La identidad aparece dividida al estar por un lado expuesta diferencialmente a la vez que cancela esta diferencia al relacionarse equivalencialmente con otras diferencias del sistema mismo. La exclusión radical es la condición de posibilidad de la existencia del sistema, por lo tanto, esta ambivalencia es constitutiva de su identidad sistémica. Es sólo esta exclusión la que funda al sistema como tal. Lo que no puede tener el sistema es un fundamento positivo y tampoco se puede significar a si mismo con un significado positivo. Esto es debido a que cualquier rasgo positivo se presenta de manera diferente al relacionarse con otro rasgo positivo. De esto se sigue un punto relevante: solo la exclusión radical que constituye al sistema, es la que irrumpe en la lógica diferencial. Todo aquello

que es excluido por el sistema funda a este en sus equivalencias, más allá de sus diferencias positivas internas, en una positividad a partir de esta relación de exclusión. En este punto Laclau indica que ya aparece anunciado el significante vacío, que no es más que el que otorgue la cancelación de las diferencias.

La segunda consecuencia que genera la emergencia de significantes vacíos es la necesidad de que aquello que se encuentra más allá de la frontera de exclusión se reduzca a pura negatividad. El más allá de la frontera aparece como una amenaza, pero al mismo tiempo constituye al sistema. Lo que permite que haya un orden objetivo, es que el más allá se convierta en el significante de la exclusión, de la negatividad pura. De esta manera ocupa el lugar de la pura amenaza, entonces podemos hablar de un orden con límites trazados. Aquello que es excluido, debe equivaler en su interior a las categorías con positividad diferencial, cancelando también sus propias diferencias. Es por este motivo que estamos también ante la emergencia de significantes vacíos, donde las diferencias se cancelan en la lógica de la equivalencia. En el otro lado de la frontera antagónica también se producen estas lógicas, de la diferencia y de la equivalencia. Por este motivo es que Laclau acude al psicoanálisis para pensar la significación de aquello que no se puede representar directamente, el inconsciente. Lo que se trata de representar, lo Real, solo puede hacerse a partir de la subversión del mismo proceso de significación. Significar lo Real, es una operación política, debido a que tal significación va a estar unida a un significado que sea particular, tal como sucede en el concepto de hegemonía en nuestro autor.

Si los significantes pudiesen vaciarse del vínculo con significados particulares, en el sentido del ser en Heidegger, que al igual que antes mencionábamos la teoría de los conjuntos donde no hay conjunto que contenga a todos, el ser es el más allá de los entes, el cual no puede preguntarse por su existencia si no es por el ente humano. Entonces, la pregunta es cuál es el fundamento ontológico de la subversión entre esa imposibilidad entre el significante que representa a un significado. La respuesta es la construcción que el sistema tiene que producir para que operen las lógicas de diferencia y equivalencia. Para que haya sistema debe llevar al paroxismo la anulación de la diferencia privilegiando la equivalencia para que, de esta manera, el sistema pueda significarse como una totalidad de sentido. El ser del sistema representado por medio de significantes vacíos, es de modo constitutivo, inalcanzable.

Todos los efectos sistémicos son inestables ya que están sostenidos frágilmente porque aparecen sujetos a un convenio movedizo entre diferencia y equivalencia. Estamos ante una falta constitutiva que hace imposible toda positividad plena. Por ser imposible es que la lucha política es digna de sí, ya que opera sobre este carácter movedizo en esta relación. Es un objeto imposible el sistema, motivo por lo cual Gramsci coloca en el orden de lo propiamente político las relaciones de fuerza. Las fuerzas regresivas de la historia versus las fuerzas progresivas representan esta imposibilidad del objeto. Hay acción política que se opera sobre una positividad como si fuese sedimentada y universal, y hay otra acción política que opera sobre esa falta, sobre esa imposibilidad para modificar las ataduras parciales entre ambas lógicas.

Esto es así porque todo sistema significativo está estructurado sobre un lugar que es vacío. De esta manera se abre el terreno para las luchas por la significación, lo que da lugar al tema de la hegemonía en la relación entre significantes vacíos y política. La importancia de la producción de significantes vacíos es justamente la posibilidad de cancelar las diferencias para construir la voluntad colectiva de Gramsci. La sociedad se gesta como un sistema de diferencias, pero la ontología política de la misma genera la dinámica de ambas lógicas, la de la diferencia y la de la equivalencia. Entonces, producir significantes vacíos es la tarea propia de la política y de la militancia, siendo en última instancia el nombre del líder.

Democracia radical y el pasaje al populismo

Si consideramos a grandes rasgos que la diferencia entre filosofía política y teoría política, es que la primera es prescriptiva, que piensa en instituciones para el diseño de una sociedad armónica, mientras que la segunda tiene una tarea distinta: la de analizar los elementos propios de lo político en su interior, pensando en la naturaleza inherente a lo político. Si bien esta distinción puede resultar susceptible de discusión, lo que logra diferenciar son dos aspectos de entender lo político. En el capítulo 4 de *Hegemonía y estrategia socialista* coescrito entre Laclau y Mouffe, podemos analizar que todavía hay restos de filosofía política en lo que respecta a la proyección de la izquierda como alternativa para un nuevo programa a seguir que la diferencie de las tradiciones clásicas. Esto es la “democracia radical” a la que ambos autores van a dedicar este capítulo.

Necesita reconstruir el sistema de equivalencias, añadiendo nuevos actores y superando a la clase como actor privilegiado. Debe pensar en una revolución democrática

que no reniegue de la ideología liberal-democrática, sino que explote ese carácter democrático y lo profundice en una radicalización de la democracia y que a su vez sea plural. De esta manera la extensión de las luchas democráticas dentro de la sociedad civil y del Estado también se vuelven un terreno novedoso para la izquierda, donde el discurso liberal se sitúe solamente en uno de los discursos plurales. De esta manera, como estrategia de izquierda, el pluralismo democrático dejaría en un costado el discurso liberal. De esta manera se rompe también la relación contingente entre democracia y liberalismo.

La multiplicación de los espacios políticos y esferas de luchas populares erosiona la concentración de poder y el carácter jacobino de la izquierda tradicional. Este proceso de democracia radicalizada permite la multiplicidad de nuevas articulaciones populares que rompa con las estrategias clásicas ya caducas en su eficiencia social como ya se vislumbraba a mediados de los años 80. La autogestión obrera se puede articular con muchas otras demandas insatisfechas, como ecologismo, feminismo y de todas las minorías raciales, sexuales que no tenían lugar en el esencialismo de clase.

Resulta necesario enfatizar el pasaje de la democracia radicalizada al de la lógica del populismo, en el mismo Laclau. Debido a que en el concepto de democracia radicalizada quedan residuos de filosofía política entendida esta, como proyección prescriptiva. En la lógica de lo político, en términos de estricta teoría política y con una distancia de veinte años entre ambos conceptos, Laclau en este sentido, radicaliza su posestructuralismo y ya no propone un proyecto de sociedad, sino que, como hemos visto, trabaja sobre el interior lógico del problema. Al respecto Biglieri y Perelló nos dicen lo siguiente:

“Hay dos propuestas políticas distintas a lo largo del desarrollo teórico de Laclau. Una es la idea de democracia radical [...]. La otra es la del populismo, que surgió bajo el influjo del psicoanálisis freudiano y lacaniano e incluyó la noción del sujeto de la falta y la dimensión afectiva en la construcción política [...]. Este movimiento de una propuesta política a otra fue además acompañado por la distinción entre las nociones de sujeto, subjetividad e identificación, con la que estos términos cobraron especificidad. La conclusión política de este pasaje fue que Laclau terminó por ubicar la `radicalidad ´en el populismo más que en la democracia radical. En otras palabras, el populismo devino en la forma de la democracia radical” (Biglieri –Perelló, 2015, 55).

Para tal fin lo que hace es analizar los conceptos en el paroxismo de sus posibilidades. Al extremar el abanico de posibilidades de los conceptos Laclau debió correrse de la democracia radical que estaba cargada de “proyecto”, o de “propuesta”, lo que aparece cercano a la filosofía política, para así ubicarse en un terreno más puro de teoría política. Tal pureza, tampoco es plena, pero sí aparece expresada en la mayor radicalidad posible a la que llegó Laclau en ese momento. Dicho de otro modo, no se trata de si la democracia radical tiene residuos de filosofía política y la lógica del populismo es teoría política pura. Decir esto sería caer en lo mismo que se critica porque nada descarta la posibilidad de encontrar otro residuo de filosofía política en la misma lógica del populismo. De lo que se trata es de un continuum teórico en la empresa intelectual de Laclau por alcanzar la máxima radicalidad posible.

No hay política sin hegemonía. Partiendo de la voluntad colectiva de Gramsci y la deconstrucción del marxismo clásico. En este último, la clase era el agente privilegiado, esta va dejando su lugar a la voluntad colectiva. Llegados al posestructuralismo de Laclau, desaparece la necesidad de un agente privilegiado y lo que queda es el proceso interno de la construcción de un pueblo. Esto es semejante a la voluntad colectiva de Gramsci. La hegemonía para Laclau es una particularidad que se eleva a la dignidad de la Cosa. O sea, una particularidad que reviste a una totalidad popular. Esta particularidad no es la persona en sí que la encarna, sino su significante. Es el significante hegemónico el resultado de la catexia que constituye a una voluntad colectiva, a un pueblo. No hay sociedad, ni política, ni democracia sin este tipo de representación.

Conclusión

El esfuerzo intelectual de Laclau por pulir algunos de los problemas de la teoría política se cristalizan en el resultado de su obra. Dotado de una serie de teorías y experiencias políticas que lo han llevado a preguntarse por cuestiones que se daban por establecidas, ha logrado cambiar la comprensión de algunos temas que no conformaban al autor.

Principalmente esto ha sido logrado en el populismo. Al elevarlo a su dignidad ontológica ha logrado sepultar toda idea de desviación y patología, pero sobre todo enfrentar al convencimiento tradicional de que las masas no son aptas para la vida en democracia. Acompañó a esto con su fuerte denuncia a que la literatura sobre el tema estaba contaminada por una tradición de desprecio hacia las masas. ¿qué clase de

democracia es aquella que denigra el lugar participativo de las masas? Además, la idea de que los líderes son personas demagogas capaces de alienar la conciencia de la muchedumbre y así llevarla de las narices. Si esto fuese así, entonces solo dice algo sobre la personalidad de la persona que encarna el liderazgo. Pero nada dice de la relación de liderazgo. Como lacaniano que es en su análisis, Laclau se centra en el significante para pensar, ontológicamente, dicha relación y centrar su análisis representativo en la necesidad de la producción de significantes vacíos.

Dijimos, entonces, que el momento homogeneizante es el del significante vacío. Es el que reduce al mínimo la heterogeneidad en una catexia que otorga identidad a un pueblo, ya que, al mismo tiempo de constituir la cadena, también en un mismo movimiento la representa. De esta manera la doble función del significante vacío colige que la estructura interna de toda identidad popular es siempre representativa. El populismo aparece como el terreno donde la función hegemónica del significante vacío y la equivalencia de demandas particulares, logran su articulación. La representación aparece como el terreno primario donde se constituye la objetividad social y no es la simple expresión de un pueblo ya constituido, la representación lo constituye y en este punto Laclau se aleja de las teorías clásicas de representación que suponen un pueblo ya dado para ser representado.

Es válido considerar que a partir de la publicación de *La razón populista* no se puede volver a atrás y pensar estos problemas de la manera tradicional. Es este un texto que genera una ruptura teórica que redefine los conceptos desde diferentes sectores sociales. El populismo ha sido criticado por los sectores de las elites, así como por las izquierdas. Sin embargo, al pensarlo ontológicamente descubrimos que no solo el populismo no es una desviación ni una patología, sabemos ahora, además que no hay política sin cierto grado de la lógica populista. Esto último equivale a decir que democracia, populismo y representación son momentos de un mismo movimiento lógico-político.

Bibliografía

- Aricó, José (1982): “Marx y América Latina”, cap.8 y Epílogo, 2º ed, Ed Catálogos, Buenos Aires

- Biglieri, Paula y Perelló, Gloria (2015): “Sujeto y populismo o la radicalidad del pueblo en la teoría posmarxista”. En Debates y Combates, edición homenaje a Ernesto Laclau, volumen 1. Distribuye FCE, Buenos Aires
- Laclau, Ernesto (2005): La Razón Populista, cap. 1, 2, 4, 5, Fondo de Cultura Económica (FCE), Buenos Aires.
 - Mouffe Chantal (2015): “Hegemonía y estrategia socialista” cap.2 y 3, 3ªed. 2º imp, cap. 3, FCE, Buenos Aires
- Rinesi, Eduardo (2013): “*De la democracia a la democratización: notas para una agenda de discusión filosófica-política sobre los cambios en la Argentina actual. Atres décadas de 1983*” en Debates y combates N°5, año 3, Ed FCE, Buenos Aires.
- Schmitt Carl, (2015): “El concepto de lo político”, cap.1 y 2, Ed Struhart & Cía., Bs As, pp 19-28
- Semán, Ernesto (2021): “*Breve historia del antipopulismo, los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri*”, Ed Siglo XXI, Buenos Aires.
- Weber Max, (1979): “*Sociología de la dominación*”, en Economía y sociedad, FCE, México